

envuelta como todas las cosas en el misterio. Se exponía á los enfermos á las puertas de las casas y cualquiera de los transeuntes sugería los remedios que creía oportunos. De esta suerte se formaron algunas recetas que se trasmitían despues de padres á hijos, y se aplicaban sin demasiada discrecion; las cuales se reunieron más adelante, constituyendo una medicina dogmática y absoluta, que, sancionada por la religion, obligaba á los médicos á curar á los enfermos por el modo prefijado; y quien de estas reglas se apartase era castigado si fracasaba la cura.

Quizá estos rigores solo se aplicaban á la peste, á la lepra y á semejantes contagios, á cuyo tratamiento, aun los gobiernos mejor constituidos, han impuesto tambien preceptos imprescindibles. Pero los egipcios añadían á toda curacion operaciones mágicas, y la historia sagrada muestra hasta qué punto adelantaron en este arte. No obstante, perfeccionaron la parte más relevante de la medicina, esto es, la higiene, instruyendo y conservando un admirable sistema dietético.

Aquel pueblo geométrico, al contrario de los Indios de viva imaginacion, usó comunmente la prosa, si bien no le faltaron cantos nacionales y poemas; pero ningun monumento de su literatura nos resta, ó por lo ménos no ha sido descifrado, sucediendo lo mismo respecto de la filosofia, cuyos fragmentos forman un cuerpo con la teología.

CAPITULO XVI.

FENICIOS.

Historia ó institución.

Antiguamente debia contener la Arabia Feliz á un gran pueblo agrícola y comercial, cuya navegacion se extendía á lo largo del Africa hasta Sofala, así como á las costas occidentales de la India y las del Mediodía de la Persia. Algunos viajeros han afirmado la existencia del Yemen, ya civilizado y poderoso seiscientos años antes de Salomon, llamado en seguida por los griegos omeritas y que constituían el reino de los hisnarios ó sabeos. Una prueba de su antigüedad resulta de que Ninó solicitó el auxilio

de Ario ó Arico, uno de los príncipes de este país, que si hemos de dar crédito á Strabon, se hallaba dividido en castas al modo de los indios y de los egipcios.

De esos árabes dimanaban probablemente los fenicios ó cananeos, segun los denomina la Escritura. Ya los menciona Herodoto cuando dice que en tiempo de Cambises tenían los árabes factorías desde Caditis hasta Jeniso. Apercibiéronse, pues, los fenicios del comercio que podían hacer con la India por el mar Rojo, y resolvieron quitar algun puerto á los idumeos. Es cierto que mantuvieron constantemente relaciones con los árabes de Sabá, y es probable que allí sacaran el oro, que al decir de Strabon, abundaba de tal manera, que habia granos del grueso de una nuez, de los cuales hacían joyas los naturales, que trocaban por el doble de plata ó el triple de bronce.

Se puede creer, sin duda, que los fenicios moraron al principio á lo largo del golfo Árabe dentro de cavernas, pescando y navegando por cuenta de la Geodresia, de la Trapobana, de la Gángarida, del Chersoneso Doreo, costumbres que llevaron consigo cuando fueron expulsados de aquellos confines por alguna circunstancia violenta. Entonces sería, si nos es lícito una conjetura, cuando invadieron el Egipto bajo el nombre de hiksos, al tiempo que se establecían junto á las playas del Mediterráneo, en el país llamado primero Joppe y luego Fenicia, del vocablo griego que significa palmera.

Acaso es verdad que en remotísima época existía el Mediterráneo, y que en el mismo lugar reinaba una vasta llanura poblada de habitantes, hasta que una inmensa convulsion de la naturaleza levantó los Apeninos, separó á Calpe de Abila, y por esta abertura precipitó el mar sobre el floreciente valle, no dejando en seco más que la ladera de los montes y los promontorios que formaron despues de la España, la Italia y las islas del Archipiélago. El recuerdo de este acontecimiento se halla escrito por los geólogos en la situacion ó positura de los terrenos, por los mitógrafos en los trabajos ó hazañas de Hercules. Semejante desastre facilitó las comunicaciones entre los países que sobrevivieron, y que de otro modo acaso hubieran permanecido bárbaros é ignorados como la

Tartaria y lo interior de Africa, mientras que así multiplicaron las relaciones y propagaron la civilizacion una porcion de puertos y una costa tan extensa.

Aprovecháronse los fenicios de esta ventaja estableciéndose en ese linde de tierra que se extiende desde el Líbano hasta el mar. Cuéntase por tradicion que treinta siglos antes de Jesucristo enseñó Memroum á los sidonios á cubrirse con pieles, á construir casas, á hacer brotar lumbré de la piedra, y que habiendo derribado un árbol lo echó al mar é izo un barco. El verdadero Memroum debió ser la necesidad y la naturaleza del país, porque la pobreza del terreno y la opresion impulsan comunmente á las naciones al comercio y á la industria; testigos Venecia, Génova y Holanda. Tan inherente era el comercio á aquella comarca que, cada vez que la espada de un conquistador llegó á interrumpir la obra de la paz, se alzó inmediatamente una nueva ciudad para ocupar el puesto de la ciudad destruida. Si Nabucodonosor estermina á Sidon, Tiro se levanta enfrente de sus ruinas, y cuando Tiro sucumbe, su mismo destructor edifica en medio del desierto la ciudad de Alejandria, que despues de tantos desastres ni aun en la actualidad ha perdido su importancia.

Placerianos sobremanera pasar de los anales de pueblos condenados por déspotas á la inmovilidad ó á un movimiento forzado, á los anales de un pueblo, que, como los fenicios, funda su existencia en el negocio y en la industria; se dispersa entre las naciones contiguas ó distantes, haciendo (segun la elegante expresion de Bianchini) comercio de leyes y cambio ó trueque de costumbres cultas. Mas por desgracia nos encontramos aquí en medio de tinieblas. Los escritores hebreos, con especialidad Ezequiel y Joséf, no mencionan á los fenicios sino por incidencia: el último, como tambien Eusebio en su preparacion Evangélica, nombra á Dios y á Menandro de Efeso, historiadores de Tiro: Teodoto, Ipsicrates y Mocho son citados por Taciano; sabemos por Appiano que los tirios apuntaban sus acontecimientos y los de los pueblos con quienes tenían relaciones; pero el tiempo no ha perdonado de la destruccion más que algunos fragmentos sueltos. Sanchoniaton, historiador nacional, el más cé-

lebre despues de Moisés, habia escrito un tratado de filosofia de Hermes, una teología egipciaca y los fastos de la Fenicia. Las dos primeras obras, sacadas de los escritos de Thaut, y de los registros depositados en los santuarios de los amonéos, nos hubieron iniciado en la ciencia egipciaca y fenicia, con tanta más certidumbre cuanto que el rey Abibal, á quien Sanchoniaton las dedicara, habia mandado reconocer su exactitud por una comision de sábios. Su historia fué traducida al griego por Erennio Philon de Byblos, que vivía en el segundo siglo de nuestra era: pero tanto el original como la traduccion se han perdido; salvo algunos fragmentos referentes más bien á la cosmografía. Ultimamente se ha anunciado el descubrimiento de la traduccion completa, aunque la crítica no ha podido aceptarla; quedamos, pues, reducidos á las insuficientes nociones que ya teníamos antes.

Aun en los mejores tiempos no comprendía la Fenicia más que una costa de algo más de cincuenta millas de longitud por treinta en su mayor latitud. Pero este territorio y las islas inmediatas estaban sembradas de ciudades. Hallábanse primero, Arad, en la isla, y Antarad en el continente; luego Trípoli que todavía existe; Ayblos, y el templo de Apolo; despues Beryta, Sidon, Tiro; y en los intervalos, Sarepta, Botris, Ortosia, ciudades ménos considerables. Todas estas ciudades, singular espectáculo de opulencia, fueron edificadas una despues de otra segun la necesidad del comercio. Sidon, la principal de ella mencionada por Moisés, dominó hasta el tiempo de Josué y de Homero. Tomada entonces por un rey de Ascalon, sus habitantes construyeron á Tiro, que muy pronto eclipsó á su madre. Otros sidonios fundaron á Arad, y estas tres ciudades levantaron de comun acuerdo la ciudad de Trípoli, que recibió el nombre que aún conserva por esta circunstancia.

No formaban con su reunion un sólo estado; antes bien á semejanza de las repúblicas italianas de la Edad Media, tenía cada una de ellas en su territorio una organizacion distinta, bajo el mando de un rey ó de gefes particulares. Su vínculo en la paz eran el culto de Melcarte y los intereses comunes, y en las circunstancias difíciles, el peligro. Como acontece en

todos los países comerciales, la autoridad de los caudillos ó gefes estaba moderada por otros magistrados, que ibán á la parte de aquellos en las ceremonias, y con los cuales debían concertarse para las embajadas que habían de enviarse. Celebrábase de vez en cuando la dieta general de las principales ciudades en Trípoli, donde deliberaban los reyes con la asamblea acerca de las medidas que debían ser adoptadas en beneficio de todas.

Nos ha conservado Josefo la série de reyes de Tiro, desde Abibal, contemporáneo de Sault (1010-976). Hiram, su hijo, guerreó primeramente contra los hebreos, despues hizo alianza con David y Salomon. Recibía de ellos aceite, vino, trigo, y le suministraba en cambio marinos para la navegacion del golfo Pérsico, carpinteros, albañiles, materiales para la construcción del palacio y del templo. Este último puede dar idea de la habilidad de los fenicios en el arte de construcción, aun prescindiendo de lo que se cuenta del templo de Melcarte en la isla de Tiro, que se decía no tener igual en el mundo. Hiram levantó tambien un templo á Astarte, otro al Júpiter nacional, y ciñó la ciudad de murallas, juntándola á la tierra firme por medio de un maravilloso muelle. Añádese que Salomon reconoció mal los grandes servicios de Hiram, lo cual no suscitó entre ellos enemistades; antes bien, se escribían con frecuencia, enviándose mutuamente enigmas, é imponiendo una especie de multa al que no consiguiese descifrarlos.

Despues de Hiram vienen Belcazar (976), Abdastrate (969), Astarte (948), Aserim y Jheles (936); luego Ethaal I (926), padre de Jeza-bel. Badezor, sucesor de este último, dió vida á Pygmalion, Barca, Anna y Elisa ó Dido (879-726). Habíase casado ésta con el gran sacerdote Siqueo, á quien quitó la vida Pygmalion para apoderarse de sus riquezas. Pudo ella libertarse del asesino de su esposo, y fué á echar los cimientos de Cartago.

Bajo el reinado de Ethaal II, Nabucodonosor asedió á Tiro, y despues de una defensa de trece años (572), la destruyó, introduciendo de este modo con el furor de las conquistas una gran perturbacion en las pacíficas operaciones del comercio. Ocupó una nueva Tiro el puesto de la antigua, y cuando Ciro extendió á lo le-

jos sus conquistas, se sometieron á su pujanza los fenicios, prefiriendo el pago de un tributo á los azares de una guerra: además conservaron sus constituciones y sus reyes nacionales, como tambien el comercio continental del imperio de los persas.

Aquí el espectáculo de un pueblo industrial nos ofrece un interés mucho más poderoso que las vicisitudes de una dinastía. Vémosle salir de un territorio estrecho é ingrato para aventurarse en medio de las olas, sacar provecho de las maderas que le brinda el Líbano, y utilizar las numerosas ensenadas de la costa: situado en los confines de las tres partes del mundo, recibía con una mano las producciones del Asia y del Africa para ofrecérselas con la otra mano á Europa. En lo interior se aplicaba á las artes de la paz, y hemos visto á los reyes de Israel pedirles sus arquitectos, sus escultores, sus cinceladores, sus fundidores de bronce. En las construcciones de sus ciudades conservaron los fenicios mucho de las habitudes trogloditas, y aún está la Fenicia sembrada de grutas. Pero no se encuentran ya monumentos puramente fenicios, á no ser que se consideren como tales algunos de los de la isla de Chipre, principalmente en las inmediaciones de Larnaca, y algunas estatuas trasladadas á Lóndres desde las costas de Berbería. Tenemos algunos modificados por la mezcla de tipos extranjeros, como el bajo relieve egipcio-fenicio de Carpentras, y otros greco-fenicios.

Les han atribuido los griegos la más sorprendente de las invenciones, á saber: la del alfabeto; pero los mismos griegos hacen memoria de inscripciones anteriores á la emigracion de Cadmo, y quizá los fenicios no hicieron otra cosa que facilitar la escritura con la introduccion del papiro. El alfabeto fenicio era el mismo de que se sirvieron los hebreos hasta Ciro, y que conservaron los samaritanos; pero tuvieron tambien caracteres sagrados y secretos. Las inscripciones conocidas hasta ahora son funerarias ó religiosas; y tres fragmentos de escrituras fenicias, recientemente descubiertos, aguardan intérpretes en las bibliotecas de la Propaganda, de Turin y del Vaticano.

Se cree generalmente que en la embocadura del río Bello fué inventado el vidrio, que en lo sucesivo ayudó á conocer la inmensidad de

la creación, tanto en los cuerpos celestes como en el imperceptible insecto. Usábanlo muy poco ó nada para las ventanas, pues dejaban sus aposentos abiertos al aire libre. Era preferido el metal para las copas, pero cubrían con vidrio las paredes de sus habitaciones; servía además para hacer adornos y collares, mezclándolo con ámbar y marfil labrado.

Fueron tambien celebrados los fenicios por la finura de sus tejidos. Cuéntase que un perro hambriento mordió una concha, y el líquido que saltó de ella tiñó la piel de su garganta de un magnífico encarnado. Observada esta circunstancia, produjo el descubrimiento de la púrpura. A mayor abundamiento el color no era siempre rojo, lo había tambien blanco, negro y de otros matices. Entendiase generalmente bajo este nombre un tinte hecho con el licor extraído de cierta concha, á fin de distinguirlo de los colores vegetales (herbáceos), y se empleaba con especialidad para las telas de lana.

Por desgracia en punto á religion no podemos hacer elogios de los fenicios, y la Biblia habla á cada instante de sus supersticiones. Isis, yendo á buscar á Byblos, al esposo que ha perdido, nos anuncia que su culto proviene de Egipto; y en las fiestas anuales de Adonis era llevada por mar desde las riberas del Nilo una cabeza mística á esta ciudad, en cuyas monedas está la efigie de Isis. Tambien debió la Asiria propagar sus creencias en el Asia anterior, por medio del comercio y de las expediciones guerreras, en las cuales trasladó poblaciones enteras de la Siria, de la Fenicia, de la Judea á las orillas del Tigris y del Eufrates. Esta mezcla se halla en la teología de los fenicios, revelada por Thaut, quien hizo la describiesen los siete hermanos Cabiros, Esmoun ó Esculapio su hermano. Pero, el hijo de Tabion, el más antiguo de los intérpretes fenicios, la añadió muchas ficciones que la desnaturalizaron: esto dió margen á que el dios Surmobel y Turo ó Cusarte, la desembarazasen muchas generaciones más tarde de las alegorías en que Thaut la había envuelto. Véase aquí á un mismo tiempo la palabra divina explicada por la inteligencia suprema, redactada despues de orden de ésta por las divinidades planetarias, revelada, en fin, á los sacerdotes por los dioses inferiores, encarnacion gradual análoga á la de los vedas indios. El

tiempo, el deseo, la sombra, son los tres grandes principios de las cosas; las dos últimas engendraron el éter macho y la atmósfera hembra, que produjeron el huevo de donde salieron primeramente algunos animales privados de sentimiento, luego los dotados de inteligencia, el sol, la luna, las estrellas, el fuego, la llama y los truenos, cuyo estampido despierta á los animales y les hace moverse en el mar y en la tierra.

Esta cosmogonía, narrada por Sanchoniaton, propende á explicar el universo por medio de las causas materiales, y á pesar de todo no sin un toco de espiritualismo. Se hace tambien mencion de un Moscho, primer fenicio que hubo de querer patentizar el origen del universo por la combinacion de los átomos.

La religion popular ofrece aquí como en Asiria una sucesion de Baal y de otras divinidades en relacion con los astros. Baal, Saturno fenicio, tenía dos ojos en la frente y otros dos en la nuca, dos cerrados y dos abiertos; cuatro alas en la espalda, dos extendidas y dos plegadas, además dos en la cabeza: se contaba que en obsequio de la salvacion comun había inmolado á su propio hijo Jeud; por eso se le ofrecían sacrificios sangrientos; consistían especialmente en niños, á quienes se hacía pasar á través de las llamas, ó bien eran arrojados á la hornaza candente que ardía dentro del pecho de su ídolo.

Al Dios varon asociaban como en todas las religiones orientales la divinidad hembra, Astarte ó Venus, objeto de obscuro culto en Byblos, á la par que en otros puntos manchaba la sangre sus aras. Decían que anhelando la diosa recorrer la tierra se puso una cabeza de toro y consagro en Tiro una estrella caída del cielo; mito astronómico que indica la conjuncion del planeta de Venus con la luna, que asciende al signo de Tauro en el instante que llega allí Venus.

Tenía por amante á Adonis, que significa señor; y cuando á principios de Junio se deslizaba purpúreo el río de este nombre por los ocres que acarrea en sus crecidas, se decía que sus ondas estaban teñidas con la sangre del amante de Venus, muerto en el Líbano. Ofrecíasele entonces sacrificios fúnebres; azotábanse hasta hacer saltar sangre, y con espe-

cialidad las mujeres prorumpían en gemidos y se cortaban sus cabelleras, homenaje de que podían redimirse prostituyéndose y ofreciendo al templo el precio de su deshonra. Propagáronse mucho estas adonias, no extrañas por cierto á la tradición de Osiris: las encontramos en Antioquia junto al Orónto, en Alejandría de Egipto en Atenas, en Chipre, en Argos; y Teócrito y Bion nos dan testimonio de la magnificencia de estas ceremonias y del afeminado luto que reinaba en ellas.

En Azoth se adoraba á Dagon, y á Derceto en Joppe; pero ignoramos el nombre que daban á Neptuno, en cuyo honor arrojaban al mar gran número de víctimas humanas.

Siete cabiros ó palekos eran los dioses protectores ó las fuerzas elementales; añadiase Esmoun, dios de la medicina, cuyo templo en Berito era frecuentado por los enfermos que iban á dormir dentro de su recinto y obtenían milagrosas curaciones. El padre de los cabiros era llamado Sydcko, príncipe del fuego; llevábanse sus imágenes en los barcos. Quizá fueron los fenicios quienes introdujeron este culto en la Samotracia.

El más grande de los dioses era Melcarte ó rey de la ciudad; era especialmente adorado en Tiro, cuyo poder creciente le valió sobrepujar también á todas las divinidades del país. El culto de este Hércules era llevado donde quiera que adoraban colonias fenicias, y formaba el vínculo entre éstas y la madre patria. Los cartagineses envían á su templo el diezmo de las rentas públicas al principio de la primavera, época en que acudían allí los tesoros de todas las colonias. En todas se le encendía cada año una gran hoguera, desde la cual se dejaba tomar vuelo á un águila; escena que trasladaron los griegos junto al Eta y que adoptaron los romanos en sus apoteosis adulatoras. Todavía existen en Malta las ruinas de un templo de Melcarte, pero el más notablemente espléndido era el de Cádiz, donde no había más simulacro que la llama.

Podemos juzgar del poder de los sacerdotes en el seno de este pueblo, viendo á su pontífice Siqueo, cuñado del rey Pigmalion, y halláolos esparcidos por entonces en Israel no bien fueron tolerados.

CAPITULO XVII

Del comercio.

Tuvieron los fenicios especial renombre por el tráfico; y como por culpa de los historiadores se juzga generalmente que las naciones de la antigüedad no fueron más que guerreras y conquistadoras, nos detendremos algún tanto á demostrar la importancia y la índole de su comercio, uno de los agentes más eficaces de la civilización.

Fácil es de imaginar que la necesidad sugirió el cambio mútuo; pero si preguntamos á la historia como se extendió de pueblo en pueblo; cuando se sustituyeron á los géneros los metales preciosos; dónde se acuñó la primera moneda; hasta qué punto ayudó el comercio á la civilización en un principio, esto es lo que no sabe revelarnos. Orillando pues las conjeturas para fijarnos en los hechos, reconoceremos que en la antigüedad se diferenciaba el comercio del de los modernos en que se hacía principalmente por tierra. No es decir que no fuesen surcados los mares, y especialmente el Mediterráneo por buques; pero éste venía á ser un medio secundario, un accesorio al comercio de tierra. Duraron así las cosas hasta que la navegación en derredor de Africa y el descubrimiento de América alteraron completamente su naturaleza.

Evidentemente habían de dirigirse los negociantes á aquellos países de donde se podían exportar más productos. Europa estaba en gran parte inculta; pero, aun cuando llegó á civilizarse, tenía poco que trocar con los extranjeros y debía limitarse al comercio de consumo. Al revés, las costas de Asia y Africa abrían ancho campo á las especulaciones, y sobre todo las necesidades del lujo hallaban con que satisfacerse á orillas del Indo. A semejanza de los árabes y de los mongoles modernos, poseían los antiguos persas tal abundancia de plata y oro, que empleaban estos metales no solo para ornamento de los palacios y tronos, sino para los enseres más comunes ¿de dónde lo extraían? En el Asia Menor, el Meandro y el Pactolo llevaban en sus aguas arenas de oro, pero no aparece que allí hubiese minas. Tiene muy pocas el Taurus hasta el lugar donde se divide para abarcar

el desierto de Cobi, del cual se extraía una inmensa cantidad, como también de la gran Bucaria. Esta cordillera se hace mucho más rica á medida que se adelanta hácia Levante; pero aquellas regiones, poco conocidas actualmente, lo eran todavía ménos en los tiempos antiguos. Las minas que explota á la sazón Rusia más allá del lago Baikal no suministraban gran porción entonces; venía mucho más de la Siberia. Por lo que hace á la plata, tan abundante bajo la dominación persa, que ciertos pueblos aprontaban su tributo en especie, se extraía del Cáucaso, de la Bactriana, y también de España.

Del corazón del Africa y del Indostan venían las perlas y piedras preciosas tan solicitadas para adornos de los reyes y de los sacerdotes, para anillos, sellos, empuñaduras, brazaletes y hasta para el jaez de los caballos. Siempre fueron muy abundantes en perlas el golfo Pérsico, las costas de Ceilan y de la península allende el Ganges. Perlas de aquellas playas iban á servir de adorno á las mujeres de Dario, como á Tippoo-Saib, muerto defendiendo su capital contra los ingleses; y al rey de Lahora, Rangit-Sing, cuando en otros tiempos recibía pomposamente á los embajadores de Europa.

Posee además el Levante las lanas más finas, la piel de camello y de cabra de Angora y cáñamo sin igual por lo excelente: posee asimismo el algodón y la seda, muy comun el primero, más rara la segunda, si bien los medos la usaban para sus trajes. Prescindiendo de los rebaños de Arabia y Cachemira, suministraba el Asia menor, y especialmente Mileto, lanas selectas á las manufacturas de Babilonia y de la Grecia. No eran ménos codiciadas las pieles si bien más por lujo que por necesidad de abrigarse contra el frío.

El incienso, prodigado en sinnúmero de sacrificios, venía del Asia y de la parte de Africa opuesta al golfo Pérsico; era, pues, transportado con los demás perfumes de aquellas comarcas, ya á Fenicia, ya atravesando el golfo á Babilonia y á lo interior de Asia. Parece que la canela, producto peculiar del Asia ahora, del mismo modo que la pimienta, crecía también entonces en la Arabia. El antiquísimo libro de Job menciona ya el comercio de las Indias y sus pintadas telas.

Tales eran los principales objetos del comer-

cio antiguo. Pero lo enorme de las distancias, los desiertos que era forzoso atravesar y las amenazantes hordas, obligaban á viajar en gran número, á llevar escolta de hombres armados y auxiliarse recíprocamente. Cualquiera que fuese la causa, es lo cierto que los ríos de Asia no tuvieron en el trascurso de luengos siglos la importancia que han adquirido para los trasportes los ríos de Europa; pero desde la más remota antigüedad, y cuando apenas acababa el hombre de someterse al camello y el elefante, encontramos las caravanas (*kier-qanes*). Siendo tan numerosas, convenia determinar los lugares hácia que habían de dirigirse todas, y escoger los más favorables para la compra y para la venta. Ríos, manantiales, sombras, oasis, trazaban el camino y señalaban las escalas ó estaciones, tanto para el descanso como para los almacenes y para los mercados. En Asia, donde se atravesaban países civilizados, se construyeron caminos y se aprestaron hospederías ó paradores de caravanas, segun se llaman actualmente. Su construcción y su sostenimiento se hacía con gastos y esfuerzos dignos de estados despóticos, en los cuales la actividad de un pueblo entero se reconcentra en un sólo punto. Herodoto nos describe los de los persas, que en nada se diferencian de los que halló Marco Polio en Mongolia. Desde el tiempo de Mahoma es una obra meritoria multiplicarlos.

Así como en la edad media, cuando no había seguridad pública, juntaban los religiosos en rededor de sus monasterios á los pocos mercaderes que llegaban á traficar allí, amparándoles con la inmunidad de los santos lugares y atrayéndoles con el gentío que acudía á las fiestas, del mismo modo en los siglos remotos venían á ser los templos ocasión y salvaguardia del comercio. Servían las ceremonias anuales de cita á los negociantes que se reunían allí en épocas fijas, y continuando su viaje se detenían en diferentes santuarios, donde coincidía su llegada con las solemnidades periódicas; de manera que allí encontraban á la muchedumbre por la devoción congregada, y de consiguiente más ocasiones de hacer más compras y más cambios. ¡Cuántas urgencias y comodidades no satisfacían los pueblos situados en el camino de las caravanas, trocando sus